IRMA
O
ESA PERSISTENTE CALLE DE PARÍS

LUIS MIGUEL MORALES PEINADO

Durii

La muerte definitiva
de un escritor tiene lugar cuando
absolutamente nadie lee sus libros.
Esa es la verdadera muerte.

José Saramago

Créditos

SHIRLEY MACLAINE

Jack Lemmon

TONY CURTIS

Marilyn Monroe

ALICIA

Pedro

ALICE

Lord X

BERNARD

Sylvie

ANTOINE

Lucía

ANA

Maison de la Poésie

RUE CASANOVA

Nota de la autora

Al enfrentarte a la creación, las dudas te asaltan a cada momento. Y también las certidumbres. Dudé en la necesidad de acercarte una sinopsis de la película que es uno de los ejes en los que se apoya la novela que vas a leer. Dudé hasta que una de esas certezas que de vez en cuando pasean por mi mente me lo aconsejó con fervor. Y no he tenido otro remedio que obedecer. La película se titula *Irma la douce (Irma la dulce)* y fue producida en el año 1963, dirigida por Billy Wilder: Néstor es un gendarme que se enamora de una prostituta, conocida como Irma la dulce, a la que detiene en una redada en el barrio al que ha sido destinado hace pocos días. A consecuencia de ello pierde su condición de gendarme: en esa misma redada es detenido el comisario. Néstor, ya civil, tras una cómica pelea con el chulo de Irma, en el interior del bar Moustache, acaba convirtiéndola en su protegida. Los celos se apoderan de él y busca la manera de que Irma se retire o de que solo sea suya. Se le ocurre inventar un personaje: Lord x, un anciano inglés misterioso y adinerado del que se disfrazará. Periódicamente, irá a requerir sus servicios con la condición de ser él el único cliente.

También quiero hablarte de un lugar que primero conocí en Google Maps y más tarde pude visitar: La Casa de la Poesía de París (Maison de la Poésie), ejemplo de que las grandes ciudades pueden dedicar un espacio a la belleza.

Por último, he de decirte que la historia que vas a leer a continuación incluye, entre otros, personajes reales, personajes imaginarios, imaginaciones personificadas, personajes cinematográficos y lugares que han existido en la realidad o en la ficción y que quizá sigan existiendo solo a la espera de que alguien los imagine.

Tan solo me queda darte las gracias por acompañarme, e invitarte a la lectura de una novela basada en hechos irremediablemente irreales.

I

PEDRO

Hoy me da por recordar tumbado en el sofá grande, con el televisor encendido y Marilyn Monroe a punto de subir por la escalerilla del vagón. De vez en cuando me gusta mortificarme, pensar que soy el hombre más solo del mundo, que cuatro décadas de vida no han dado para mucho, que qué hago, que para qué. Son los cinco minutos, o los diez, en que busco la manera de compadecerme, la manera de que el mundo sepa que si estoy solo es por él, por la desidia con la que me mira la gente al cruzarse conmigo en la calle, por no preguntarme cómo estoy, aunque yo no se lo haya preguntado nunca. Son cinco o diez minutos, aunque, en algunas ocasiones, se alargan hasta completar las veinticuatro horas del día. Contemplo a Jack Lemmon y a Tony Curtis vestidos de mujer y no me queda otro remedio que reír y pensar que tal vez el mundo merezca la pena, incluso la televisión. Una pizza mediana me ayuda a reconciliarme con este mundo, y un vaso de vino, también. *I wanna be loved by you*, suena y me obliga a sonreír. Apago el televisor, voy a la alcoba y, antes de traspasarla, me paro un instante en la puerta de entrada: sobre el escritorio, al fondo, la pantalla en negro del ordenador. Sé que el calendario de mesa, a su lado, lleva dos días de retraso;

me acerco a él y paso con cuidado sus hojas: una vez, dos veces. Pulso la tecla de encendido y Windows comienza una lenta marcha, como si deseara ofrecerme tiempo para volver al salón y dar el último sorbo al vaso de vino, como si supiese que no me gusta dejar una sola gota desperdiciada. Accedo a su ofrecimiento y, después de vaciar por completo el vaso, recojo las migas que quedaban sobre la mesa y las llevo en el plato hasta el cubo de la basura, en el tendedero. A veces, se queda enganchado el pedal y, si estoy absorto en alguna cuestión más allá del día a día, no insisto para que se cierre la tapa. Hace un rato que ha debido de ocurrir: está claro que hoy es día de pensamientos, de recuerdos y de dudas.

De vuelta a la habitación, fijo la mirada en la pantalla del ordenador, ahora brillante, con ese paisaje de fondo que cambia cada cierto tiempo. Entorno la mirada y atisbo el verde intenso de unos campos. La excesiva claridad que entra por la ventana me deslumbra y me obliga a acercarme a ella para bajar la persiana, hasta que las líneas horizontales de luz que se crean me recuerdan a esas otras líneas paralelas que forman las páginas de un cuaderno. No entiendo este pensamiento, nunca he tenido la necesidad de escribir más allá de los informes que debo elaborar en la oficina. Las pequeñas ruedas de plástico de la silla del escritorio chirrían: por un momento dudo de que sean ellas, llego a pensar que es el lamento de alguien que está a punto de aparecer por allí de un momento a otro. Pero nadie aparece. Me siento, y compruebo que la foto que ahora, sin distorsiones, observo, es la de unos campos verdes que podrían pertenecer a cualquier norte de cualquier país, a cualquier tierra que durante la mayor parte de los doce meses del año se empapa de lluvia. Un caserón de piedra negra se pierde entre ellos, arriba, muy

cerca de la esquina izquierda del monitor; a su lado un gran árbol y, junto a él, el icono de Facebook. La flechita del ratón parece que va sola hacia él, tan rápido que se me hace difícil el punteo. Me miran esos ojos que amplío una y otra vez: es imposible distinguir qué tono predomina. Los vuelvo a ampliar y aún me resulta más difícil concretar los azules, los verdes, los ocres, los turquesas.

Es posible que no nos veamos más. Leo la última frase que escribió y que regresa a mi memoria una y otra vez. *¿Por qué?*, es la última pregunta que hice y que ya no contestó.

No sé qué instinto me obliga a subir la persiana en su totalidad. Al otro lado de la ventana, las hojas de los árboles no dejan de balancearse y las nubes vuelan llevadas por una ráfaga de viento. Oigo música que proviene del salón, me levanto, y casi tropiezo con la silla que ha salido despedida al menos un metro hacia atrás. En el televisor, Jack Lemmon toca el contrabajo. Estoy convencido de que lo dejé apagado, aunque qué importa si lo apagué o no, me siento, y continúo viendo *Con faldas y a lo loco,* una vez más. Acaba la película y necesito ver otra. Agarro el mando a distancia y busco *Irma la dulce.* La calle de París me tranquiliza.

Llega a su fin la película y, después de haberme asegurado, por tres veces, de que la televisión está apagada, regreso a la alcoba. Ahí siguen sus ojos, ocupando por completo la pantalla del ordenador. Esos ojos me recuerdan aquel día que andaba aburrido y entré en Facebook después de teclear la contraseña, cuando apareció el pensamiento recurrente: para qué tantos amigos si solo dicen tonterías; un *meme*, una memez; un *El sol sale para nosotros…*, una memez; un *Me gusta*, una memez. Apareció la foto del perfil: unos ojos verdes, azules; los cabellos de seda; los labios. Un clic sobre *Añadir*

a mis amigos y esperé. La foto de portada era un paisaje con árboles; de monte bajo, verde y gris; me pareció distinguir el cauce de un río, mínimo; unas nubes muy blancas, casi algodones, también mínimas. Nadie respondía y esperé. Estuve unos diez minutos allí, sentado, con los codos sobre los brazos de la silla de ordenador y los dedos sobre las teclas, sin mirarlas. Contemplaba la foto del perfil y la de portada. Comprobé que tenía doscientos amigos, que decía vivir en Madrid y que solo había dos publicaciones en su muro. Parecía como si me hubiesen hipnotizado la foto de perfil y la de portada. Hasta que un uno apareció en el icono de *solicitudes amistad*. Marqué sobre él y leí: *Alicia ha aceptado tu solicitud de amistad. Escribe en la biografía de Alicia. Hace un momento.* Llegó un mensaje a *Messenger*: *Alicia. Sois amigos en Facebook.* Y escribí.

¡Hola!

Hasta ese primer *hola* creo que no fui consciente de que se llamaba Alicia. Volví a escribir.

¡Hola, Alicia!

Esperé un par de minutos porque no llegaba la respuesta. Mis manos y mis codos volvieron a encontrar acomodo, quietos. Dos minutos después, por fin, pude leer su contestación.

¡Hola, Pedro!

De regreso al presente, pienso en lo idiota que he sido durante los últimos cinco años: me he dejado llevar por una relación que no he sentido en las yemas de mis dedos. Tendría que abrir el *Messenger* para volver a los primeros mensajes y recordar con exactitud las palabras, pero no me siento con ganas, me encontraría de nuevo con las dos últimas:

¿Por qué? Prefiero contemplar esa calle de París persistente, esos colores en la pantalla del televisor, esa buhardilla en la que vivo con Irma y con Néstor desde hace tanto tiempo. Apago el ordenador y giro la silla mientras escucho su ronroneo a mis espaldas, como me ha parecido siempre el sonido que produce el disco duro al cerrarse: el de un gato fiel, fiel e independiente. La habitación parece estar harta de mi indecisión, hasta la puerta creo que está firmemente decidida a cerrarse para no dejarme volver a salir. No puedo resistirme a ese ronroneo: otro giro me enfrenta a la pantalla en negro y pulso el botón de encendido del ordenador. Los iconos van poco a poco instalándose en la pantalla. Marco el de Facebook y a continuación el de *Messenger* y los mensajes aparecen otra vez. No quiero fijarme en el último y busco el primero para leerlo una vez más. Lo leo de nuevo y apago. Me olvidaré de todo y asumiré que cuando mi estado de ánimo es tan cambiante, como ahora, por mucho que lo intente, no lograré que todo lo que me preocupa en estos momentos desaparezca de repente. Siempre que he entrado en esta pelea continua conmigo mismo he encontrado una salida. Necesito un cambio, más allá de volver a mis conversaciones con Alicia en *Messenger*.

Salgo a la calle y pienso en vender el ordenador, o quizá destruirlo. A cien metros tengo un Punto de reciclaje, iré hacia allí y preguntaré, nunca sabes qué cosas puedes llevar, o al menos yo no lo sé. No me apetece andar deprisa y me paro a contemplar la avenida desde los soportales de la finca, otra avenida más de estos barrios que parecen rehuir a las personas, que prefieren ser cómodos para los coches y olvidarse de la gente que vive en ellos, otra avenida más en la que es imposible descubrir su final. Camino unos metros y tuerzo a la derecha para encontrar otra avenida y, después de cruzar por el paso de cebra, toparme con la verja de la entrada al Punto limpio. Qué eufemismos utiliza la sociedad. ¿Limpio? ¿De qué? O para qué, quizá para que enterremos allí las máquinas que nos embrutecen; para que intentemos separarnos de lo que, durante un tiempo, lo más corto posible por el bien del fabricante, nos ha hecho respirar; para que unos ojos azules, verdes, reciban sepultura. Me paro sobre la acera de la avenida que aún no he abandonado y me fijo en las hojas ocres de las ramas más altas, es posible que sepan de mi vida, que observasen hace tiempo mis paseos, esta pausada manera de caminar. Ellas saben que no soy normal, nunca habían visto a nadie que aguardarse con esa infinita paciencia, siempre, a que el semáforo apagase al hombre rojo. Siguen mis pasos desde entonces, estoy seguro. Aún quieto sobre la acera, me imagino trepando el tronco, con una agilidad que nunca he tenido, y que he logrado llegar a la última rama para hablar con ella, con la hoja que me miraba fijamente, porque ella cree saberlo todo sobre mí. Y pienso que cómo no va a contener toda la sabiduría esa hoja que dispone de un punto de vista único, que su vida la dedica a contemplar vidas, a esperar el siguiente segundo pendiente de un sol o

un viento que la acaricie, que no pretende más de lo que tiene, que es todo. Sabe de mi embeleso, seguro, de esos ojos en la pantalla de mi ordenador. Cuando la imaginación es la que trabaja es sencillo procurar que las zapatillas no resbalen, que se agarren a las imperfecciones del tronco, y bajen hasta encontrarse de nuevo con las losetas de la acera. Me despido de la hoja, y de sus compañeras, y continúo. Continúo con otros pensamientos que me ayudan a ejercitar la mente que, por qué no, también necesita mover sus músculos:

¿Y si la hoja de un árbol solo fuese eso, la hoja de un árbol? Si no hablase, si no me hubiese contado todas esas historias hace un momento; si fuese el invernal vestido del árbol en verano y el mínimo bikini en invierno. Si la tienda de los chinos, del chino, solo fuese un cierre, el lugar donde compro el pan todos los días; si el bar de enfrente solo fuese una barra en la que descansa, a mediodía, un vermú a la espera de ser bebido; si el peluquero solo fuese un hombre con unas tijeras en la mano; si la librería que abrió sus puertas hace un par de semanas solo albergase en sus estanterías libros, tapas de múltiples colores que escondiesen solo letras en sus páginas. Y si el turquesa de unos ojos solo fuese un color que consuela al oscurecido brillo de la pantalla.

Lo siento mucho, pero aquí no le podemos recoger su ordenador, tiene que ir a…

Escucho las palabras del operario del Punto limpio sin importarme su significado, da lo mismo, porque no me voy a deshacer del aparato, al menos, por ahora. Por encima de los tejados planos del edificio está el parque, tengo que salir por la puerta de la verja y girar hacia la derecha, continuar pegado a la valla y coger el camino de tierra que comienza

a su final. Asciendo entre el verde recién mojado y llego a un banco que ejerce de mirador, sobre el solar que acabo de abandonar, un solar saturado de plásticos, de lavadoras muertas, de frigoríficos muertos, de contenedores repletos de lo que una ciudad ha usado y ahora no necesita. El hombre con el que he hablado hace un momento, antes de echar el cierre, pasea de un lado a otro, parece como si quisiera intercambiar los montículos de nada, es como si jugase a un Tetris gigante, como si quisiera rellenar una a una las líneas de losetas vacías; coge entre sus manos algo parecido a un bote de lejía y lo transporta a un lado del piso, vuelve, hace lo mismo con otro bote más grande, los pega al muro que contiene el montículo de tierra y verde que ahora me sostiene aquí arriba. Más alto que las pocas hojas ocres que soportan el frío viento de la mañana. Ya no reconozco a mi hoja, con la que acabo de hablar, está perdida entre los árboles de la avenida. Contemplo los ladrillos, rojos y blancos; el hormigón; las ventanas; algún que otro balcón, mínimo; los patios que intentan ganarse un lugar entre los edificios; los edificios de cuatro pisos, anchos, que unen sus líneas rectas. Unos edificios que se alían entre ellos, que forman cuadrados, que encierran a los patios entre sus cuatro paredes, con tejados que nunca serán libres, uniformes, como los tejados de las cárceles. Ahí, entre las avenidas, distingo mi edificio, mi portal, mi ventana cerrada, y siento la necesidad de volver allí, tras esos cristales, quizá sea porque la pantalla del ordenador me llama. O quizá porque Alicia haya vuelto y me esté esperando. Bajo por el camino a una velocidad a la que no estoy acostumbrado y casi me resbalo, pero no llego a caer. Continúo mi camino cada vez más deprisa.

No me atrevo a pulsar el botón, prefiero sentarme, enfrente, imaginar sobre el negro de la pantalla sus ojos, respirar. Levantarme y abrir la ventana de par en par, que el horizonte me explique una vez más por qué vivo, él siempre me da una razón para seguir.

Tres años y el aroma de un café recién hecho aún no nos ha sorprendido a los dos juntos, en la misma cafetería; deberíamos arreglarlo. Es lo que escribí aquel día antes de que las teclas callasen a la espera de una contestación. Alicia respondió unos instantes después: *Sabes que no puede ser, ya te lo dije el primer día; solo las letras sobre la pantalla. Son mis normas.*

Durante casi cinco años deseé convencerme de que aquello me conducía a algún lugar, de que era algo más que escribir nuestra historia en cada línea, de que cada pulsación no me acercaba con lentitud a esa extraña sensación de nunca volver a tener conversaciones como las que comparten dos personas enfrentadas la una a la otra, sin abismos entre ellas. *Por qué no intentarlo de nuevo, un día me dirá que sí, que, de acuerdo, mañana nos veremos en el café*. Me decía a mí mismo estas frases todos los días para intentar convencerme de que existía futuro entre nosotros. Pero jamás escribió un nombre de café, jamás me ofreció la posibilidad de compartir ese aroma.

Quizá buscarla fuera de la pantalla del ordenador sea una buena idea y la manera perfecta de que ese giro que aparece cada cierto tiempo en mi vida regrese. Tengo un par de amigos que conocen a fondo este mundo de la Red: como Ángel, debería preguntarle, no voy a perder nada. Si he vivido desde que la conocí de esta manera tan particular, no hay motivos para que todo se derrumbe si un día nos vemos

cara a cara y no resulta ser lo que pensé; continuaría viviendo sin ella, volvería a mis películas, a mi jornada de trabajo en la oficina, a mis amigos, a buscar en la pantalla las noticias del día, los resultados de los partidos de fútbol, los últimos memes. No puede ser que viva del recuerdo. Ya no está ahí, para qué martirizarme, no tiene sentido. Ángel me dijo un día que durante un tiempo conversó con una chica por el *Messenger*, sin mayores pretensiones, seguro que no le pillará de sorpresa lo que le cuente y estará encantado de ayudarme. Mañana por la tarde quedaré con él. Quizá después, si no se hace muy tarde, me pase por la tienda de Bárbara, hace mucho tiempo que no escucho su voz, que no nos vemos; sería un buen remedio para acompañar a esa soledad que se ha acercado por momentos a esta casa. Ella nunca entendió mi negativa cuando me propuso que viviésemos juntos, que lo probásemos durante un tiempo, siempre pensó que éramos dos personas que necesitaban estar acompañadas. No siempre la necesidad es la que gana la batalla, ocurre que el miedo también juega y vence en muchas ocasiones, aparece y te dice que eso no va a acabar bien, que la palabra felicidad se cayó del diccionario hace tiempo, que buscó un sitio entre los árboles del parque. Y ese parque está muy lejos, al otro lado del mundo. Mañana me pasaré a ver a Bárbara. Ya quedaré con Ángel en otro momento.

Hoy dejo en paz al horizonte, desayuno y me calzo las deportivas. Voy a la cocina, siempre dejo la cartera entre el microondas y la pared, en ese pequeño espacio que parece diseñado para ella. Descuelgo el abrigo de la percha que hay tras la puerta de entrada a la casa y me lo pongo antes de girar la llave para abrirla. Vuelvo a girarla desde fuera, cierro y llamo al ascensor, aunque me lo pienso mejor y decido bajar las escaleras a pie. En el primero oigo un cierre metálico de puertas dos pisos más arriba. La avenida me espera tras el portal y ya no pienso en hablar con las hojas, ahora tengo otros pensamientos más pegados a la tierra en el interior de mi cabeza, como preguntarme por qué no ir ahora a la tienda. Es pronto, aún no habrá echado Bárbara el cierre del mediodía. Es posible que la invite a comer, seguro que a ella le parecerá perfecto. Después de separarnos estuvo con aquel chico un par de años; no duró mucho, ella no podía olvidarse de mí. Este pensamiento me hace sonreír y los ojos de Alicia parece que se retiran, muy lejos, al final de la avenida, como si huyesen, como si estuviesen celosos, como si quisiesen escapar para no ver el encuentro mío con Bárbara.

Lo siento, pero he quedado con mi hermana. Hace mucho que no nos vemos. Qué bien verte por aquí. Hacía mucho que no venías.

Bárbara no pasa de contestar con frases muy oídas, con gestos que no quieren ni formarse, desganados. Vuelvo a las calles de la ciudad, a perderme entre la maraña de gente que trae el fin de semana, entre las palabras que apenas logran formar oraciones, entre los cuerpos que compiten por ocupar su sitio, a veces el mío. Y entre ojos que siempre he intentado esquivar porque me dan miedo, porque sé que solo quieren ver la superficie de las cosas, que se quedan en la primera piel que nos cubre; que engañan. ¿Y si no se lo digo a Ángel? Para qué dar un motivo al chismorreo. ¿Y si soy yo el que busco esos ojos? Es ridículo, será imposible encontrarlos porque no sé ni si viven en la ciudad, no sé si Madrid es su lugar, como dice Alicia en su muro, lo único que es cierto es que viven en Internet. Camino sobre las aceras de este lienzo inacabado que siempre vuelve a ser pintado: los edificios que un día serán derruidos, los edificios que se mantuvieron en pie durante muchos años, o siglos, y que ahora solo son un mínimo vestigio que no podemos ver, escondido entre los cimientos de algún monstruo de cien plantas, como si un pintor insatisfecho siempre con su obra pasase una y otra vez los pinceles sobre el lienzo. Pienso que así somos los seres humanos: es la tozudez del dinero, la compra, la venta, el estéril ir y venir de la cuenta de resultados.

Para qué quiero el dinero de la cuenta corriente, ya no me une nada a esta ciudad, a este barrio. Mañana es lunes, el mejor día para decirle al jefe que me prepare el finiquito y después despedirme de los compañeros de oficina; tras más de diez años algo siempre queda: alguna mañana en la que tomábamos un café e intentábamos ser lo más convincentes posible, como si la conversación que duraba cinco minutos supusiese algo satisfactorio, como si en realidad existiese un atisbo de amistad entre nosotros; pero no, al final del vaso siempre aparecían esos posos incoloros. Quizá vaya por última vez al cementerio; por última y casi por primera vez. Desde que enterraron a mi madre solo visité su lápida aquel día que creí se cumplían diez años, la fecha exacta la olvidé porque prefería hablar con ella todos los días, necesitaba ese enfado casi perpetuo conmigo, ese no comprender a su hijo, ese amor que se hace más fuerte porque lucha continuamente contra la frustración, en cualquier momento, sin depender de un día marcado en el calendario. Venderé la casa, ahora no será tan difícil recibir un buen dinero por ella, parece que el mercado se ha recuperado, que tendremos un tiempo en el que todo volverá a la normalidad del saqueo, de unir a una pareja joven no solo entre ellos, sino también a esa hipoteca que les emparede para toda la vida.

El mercado sabe cuándo se deben usar unas reglas u otras, siempre dependiendo del momento en el que le convengan más. Tendré tiempo de despedirme de Ángel, de Iván, de Bárbara. Aunque de Bárbara no, no quiero encontrarme de nuevo con esa pared construida por palabras vacías. Un par de meses o tres, seguro que dispongo como mínimo de un par de meses o tres antes de abandonar mi lugar en el lienzo, de lanzarme a rastrear hasta el más delgado hilo de la tela, hasta encontrar ese azul, ese verde, ese turquesa. Esos ojos. Un espacio de tiempo en el que pasearé por los parques, recorreré las avenidas, subiré y bajaré de los autobuses, de los vagones de metro, de los trenes de Cercanías, entraré en los grandes almacenes, en los bares, haré cola en los espectáculos. ¿Y si los encuentro? ¿Y si un día hallo ese turquesa, ese azul, ese verde?, en cualquier calle, en cualquier escalera de cualquier edificio de esta ciudad, o de otra, los reconozco, y continúan, y voy tras ellos que no pueden saber lo que sucede. Quizá se escapen o quizá se detengan y me miren y me besen.

Descubro un local nuevo, aún no he recorrido tres calles desde que salí de mi casa y veo aquel cierre repleto de grafitis. Demasiado tiempo sin salir de casa por las noches. Creo leer *Desencuentro Pub*, nunca descifré bien esas letras sinuosas, y un horario de apertura que me parece es el de las doce de la noche. Saco el móvil del bolsillo delantero del vaquero y enciendo la pantalla, son las once y veinticuatro. Acabo de comprarme el aparato esta misma mañana; necesito seguir en contacto con el mundo de alguna manera: si en dos meses comienzo un viaje, quizá sin retorno, me debe acompañar este móvil último modelo. Sin el ordenador, que al final ha ido a parar al cementerio de esta civilización, me sería imposible buscar o, tal vez, esperar a que de nuevo me buscasen a mí. No lo echaré de menos, ni tampoco recibirá mis flores cada año. Solo necesito la aplicación de Facebook y las predeterminadas que incluye el «bicho». Lo primero que hice nada más salir de la tienda fue buscar su perfil: ahí seguía.

Traspaso la puerta de cristal que quedó al descubierto cuando abrieron el cierre y contemplo unos segundos la estancia. Son las doce en punto. Es diáfana, de unos cien metros cuadrados. Un rectángulo que se abre hacia la derecha de la puerta de entrada y una barra de bar frente a ella que recorre parte de la pared más larga. En el muro que se enfrenta hay una puerta, al fondo. Cuando me acerco logro distinguir unas palabras pintadas: Almacén/Lavabos. La escasa luz, al menos, me ayuda a diferenciar las mesas de los dispares pufs que sin orden alguno se esparcen por la sala. Me siento en uno que parece más cómodo; aprovecho que apenas hay gente para que el elegido esté pegado a la pared, y así puedo reposar la espalda sobre ella. La música que al entrar apenas si alcanzaba mis oídos, de pronto, comienza a rebotar por todos los lados, se apodera por completo del aire y, por un instante, creo que me asfixiaré de notas estridentes. Un chico de pelo largo y negro se acerca con una bandeja sobre su mano derecha y parece que me habla. Le pido una ginebra, sola, tan sola como estoy yo. Y como la mujer que creo distinguir dos mesas más allá. Con la copa sobre la mesa, pienso, como no he dejado de hacer en toda mi vida, y pienso en la despedida de ayer: no pasamos de unos apretones de manos, flojos, muy flojos, y de un escaso chocar de mejillas, la izquierda y la derecha. Alfredo tuvo la intención de ensayar un abrazo, pero se quedó en eso, en un intento. Luego pasé por Recursos Humanos, firmé el finiquito y entré en el ascensor. Pulsé sobre el cero y esperé, esperé a que otro viento se topase conmigo, en la calle; ni siquiera recordé que en esas ocasiones gira uno la cabeza al menos una vez. La parada del autobús me esperaba a diez metros, después de cruzar el paso de cebra.

Le cuento todo esto a la mujer que está dos mesas más allá de la mía y que me escucha antes de aprovechar un silencio para decirme que traiga también mi chaqueta, que me la he dejado sobre el puf de al lado del que antes ocupaba. Me levanto, voy a por ella y la dejo encima de la de ella, a su lado. El móvil me molesta en el interior del bolsillo del vaquero, me presiona el muslo derecho, no debí comprármelo tan grande, pero es lo primero que encontré, además, la vista ya no me responde tan bien de cerca, a veces tengo que aproximar los párpados uno al otro para distinguir las letras pequeñas. Y este móvil tiene una buena pantalla, no me quedará más remedio que acostumbrarme a notarlo. No me atrevo a sacarlo del bolsillo y dejarlo sobre la mesa, hay mucha oscuridad y demasiadas manos cerca; el local casi se ha llenado de gente joven, muy joven. No aprecio bien la tersura de su piel, pero esa voz no es de una niña, aunque tampoco es que la escuche a la perfección. Pero no, no somos dos chavales sentados en un pub a la una de la mañana y con el deseo de averiguar lo antes posible qué te depara el segundo siguiente, quizá un roce de labios, o de lenguas. Por qué no me siento joven también, qué sinsentido, es posible que mi madre, cuando tuvo esta edad no lo fuese, pero ahora sí, ahora no es obligatorio tener veinte años para ser joven. Y más después de haber tomado la decisión que he tomado de ir tras la juventud de unos ojos verdes, azules, turquesas, estén donde estén, en esta ciudad, en mi país o fuera de él. Eso es ser joven, y lo seré aún más cuando esté frente a ellos. Volveré al principio, a ese quirófano, no callaré, no permitiré que la comadrona me obligue a llorar, lo haré yo, convencido, le diré a mi madre que no sufra, que no tiene que acostarse con ese capullo otra vez, que de sobra sabe ella que no le gusta.

Ni él, ni ningún otro, que los odia. Y que no tengo la culpa, que solo he procurado no ahondar su herida, protegerla, hacer todo lo posible para que ese instante que fue, que nadie pudo remediar que fuese, significase un triunfo más de la ciencia, un espermatozoide y un óvulo que se encuentran y, aproximadamente, nueve meses después, se transforman en su hijo.

Tomo otra copa, y ella también. No miro la hora en el móvil cuando me levanto y le digo a aquella mujer (no sé su nombre, no se lo he preguntado, ni ella a mí) que se me ha hecho tarde, y pienso que para qué, pero solo lo pienso, no tendría sentido decirlo en alto. Ella me dice que bien, que, si otro día quiero charlar, que me pase por allí, que suele acercarse todas las noches, salvo una, la de los viernes. Fuera me topo con una fina lluvia que, por un momento, me hace pensar en retroceder, en tomarme una copa más; pero no lo hago. Camino despacio bajo esa tenue humedad que enfría aún más la madrugada. Añoro una casa que dentro de poco tiempo ya no tendré, prefiero ir allí y encerrarme entre sus paredes, porque quizá Irma me esté esperando.

Siento viva la ciudad, oigo cómo respira, tranquila, con el sosiego que da saberse uno mismo, no depender de los coches, de los ruidos, del continuo combate diario. La ciudad en la que ahora reconozco los árboles uno a uno, incluso me parece que esos edificios que de día me espantan es posible que no sean tan odiosos, que también merezcan un sitio dentro de ella, aunque sigo prefiriendo los chalés de la periferia y, sobre todo, los antiguos palacios del centro, con jardín, con solo dos o tres alturas y con esa piel ornamentada que hace más soportable la vida. Aparece un resplandor en el cielo que quiere darse a ver entre alguna nube al final de la avenida, sobre los tejados que rodean la glorieta. No quiero saber la hora, no me importa, prefiero esquivar esa sensación que nunca he soportado de pensar que no camino, que corro, que mis piernas no son capaces de decirle al tiempo que no van a seguirlo más, que darán media vuelta y se alejarán de él, que no espere, que prosiga su camino solo, que no lo necesitan. Ya estoy en el salón y me siento en el sofá.